

## UNO, DOS, TRES ...

Los números de los que trata la “*aritmética*” llevan en su vientre grávido un cierto “*ritmo*”. Y el *ritmo*, como la *rima*, consiste en *arrimar* o acercar entre sí una serie de **elementos** (**lmn**, ele-eme-ene) distribuidos en una precisa combinación. Aquí vamos a contar pausadamente del uno al diez antes de cerrar los ojos y lanzar al vuelo estas cuartillas. Los *datos* (lo dado) son exactos; lo construido con esos *dados* o datos aportados es discutible, azaroso. Pero no se olvide que todos los datos que se dan son a su vez construcciones también y que, si parecen firmes y estables, es solamente porque la tierra no suele temblar todos los días. *!Alea jacta est!*

1. Vamos a comenzar la cuenta – lógica obliga - por el *number one* de la aritmética. La **unidad** requiere que cada **uno** sea una cosa **única**. Ahora bien, del concepto “**uno**” (objeto indivisible) se engendra la *multitud* mediante la *multiplicación*. La **unión** de muchos **unos** repetidos que se **unen** (panes o peces) hace la fuerza de los más hambrientos de unidad. Divide y vencerás. Pero ¿cuál es el origen de la voz “*unus*”? En latín “*unio,-nis*” designa una perla o también una cebolla de un solo tallo (cf. *fr. oignon*). Evidentemente estos objetos esféricos y singulares pueden servir como unidad contable. Sin embargo, la perla (*unio*) se encuentra en el interior de una concha o vulva parecida a la forma de la “uña” (<**unguis**, **ungula**). ¿Cuántas *pezuñas* tienen los *ungulados*? ¿Cuántas conchas vale un collar de perlas? ¿Podemos afirmar que la raíz “**unc**” es la matriz de términos como “*uno, único, unicidad*”? ¿Tenemos tantos **unos** como uñas o pezuñas? ¿Contamos con la mano tocando con la yema del pulgar las uñas como un gesto fosilizado?

2. El número **2** introduce ya en el mundo la **dualidad** propia del maniqueísmo. Todo duelo, aunque sea incruento e indoloro, precisa un **dúo**.

La claridad lucha contra las tinieblas, el Bien se enfrenta al Mal, la Verdad se opone a la mentira como Cristo al Anticristo o Dios al diablo. Cada tesis nos lleva en una dialéctica de puños a la antítesis. En la *duda* – la raíz *du* del dos – se evidencia ya la *división* del ojo bizco entre posiciones contrastadas. ¿Cuál es el origen de voces como *dos*, *duplo*, *dual*? En latín la partícula “*dis*” señala un corte, una separación y, como consecuencia, la negación de lo apartado: hacemos y *des*-hacemos. En la *di*-visión vemos las cosas separadas; la *di*-sección es el corte o sección en dos partes; la *dis*-cordia es el corazón partido entre fracciones y facciones hermanas poco cordiales; el *díptico* (a diferencia del tríptico) es una hoja doble, etc. Al *dividirse* el “uno” engendra o *pare* el *par*, la *pareja*. La *dualidad* implica un *parto*, un *reparto*, una *partición* y la *participación* de la otra *parte*. ¿Tiene quizás la raíz verbal del número 2 (<*du*, *di*, *bi*) algún vínculo con esa partícula separativa “*dis*”? ¿El *día* como separación de la noche, la oscuridad como *disfunción* de la luz? ¿Es *Dios* Padre, que está en los cielos, el ser trascendente separado de la inmanencia de la baja tierra?

3. Si el número 2 implicaba la *discordia* de la unidad divina (la oposición entre *uno* y *otro*, su alternativa o *alter* ego), el número 3 triplica los enfrentamientos duales más que tribales. En un triángulo el vértice **A** se opone a **B**, **B** se opone a **C** y **C** lo hace con **A**. Como signo gráfico 3 es la prolongación del trazo que dibuja 2, que se detiene sin acabar la curva de la mitad inferior que resulta ser así simétrica de la superior como puede comprobarse al *doblar* o hacer girar la figura del 2 sobre el eje de la base. Pero además el 3 es la imagen o pictograma de un *rastrillo*, una *E* invertida que contiene tres palos horizontales (*tripalium*, trabajo o tortura) como si fueran las púas de una reja, arado, *tridente* o peine elemental (en la numeración latina III corresponde a tres dedos de la mano como V es la figura que forma la prolongación del meñique y el pulgar que contiene a los cinco dedos). Es significativo que en la lengua latina “*triones*” designe a los bueyes de arado empleados para la agricultura (cf. “*septentrional*”, el carro de los siete bueyes o estrellas, la Osa mayor). La raíz “*tri*” procede del verbo latino “*tero*, *trivi*, *tritum*”. Es decir, “desgastar”. La palabra “*trivial*” designa un camino *trillado*, una senda usada, abierta y machacada por una infinidad de pisadas. ¿Y no desbroza el camino de hierba el *rastrillo* como el *trillo* abate y arrasa a ras de tierra la mies o la reja del arado de los bueyes abre el surco en la tierra seca? Así también el *trigo* se *tritura* en la muela, se machaca y se hace *trizas* para hacer la harina. Y en el verbo

“**triar**” (escoger) podemos ver también la acción selectora de la horquilla o el *rastrillo* que recoge un rastro de *rastrajos* entre sus púas, los dientes del *tridente*.

Pues bien, ¿podemos asegurar que esa partícula “**tri**” del verbo “*tero*, *trivi*, *tritum*” proporciona la raíz verbal de los vocablos “*tres*”, “*trío*”, “*terna*”? Veamos ahora la raíz *ter* del ordinal “*tercero*”. En latín “*ter*” no solamente designa “tres veces” sino también una cantidad indeterminada, “repetidas veces”. Por tanto, una “*reiteración*”, una vuelta al camino (*iter*), “volver a las andadas”. La raíz “*ter*” de “*terra*”, “*terreno*”, “*tér-mino*” (linde de un campo, piedra, mojón o *mina*) ¿es la misma que la raíz numeral de *tercio*? ¿Proceden ambas del verbo “*tero*”, machacar o desgastar? Los caminos o *pistas* se hacen desbrozando la vegetación y pulverizando las rocas, los *detritos*. Cuando se dice hoy que una *pista* de tenis es de “tierra batida” ¿estamos sobre la huella del verbo *tero*, la *pista* buena, o bien jugamos al *despiste*?

4. Las raíces del número 3 de la trinidad nos han hundido *materialmente* en el seno de la tierra *madre* (*demeter*), la diosa de las religiones agrícolas. El número 4 (¿pictograma de un cuchillo?) nos remite más bien al mundo animal, a la ganadería. Los **cuatreros** roban **cuadrúpedos** y los sacerdotes *descuartizan* los **cuartos** traseros y delanteros de los bueyes y ovejas sacrificadas. La palabra “**cuartear**” significa en castellano “rajarse”, “hacerse trozos o pedazos”: *la piel o la tierra se cuartean*. En latín el verbo “**quatio**” (pensemos en voces como *percutir*, *repercutir*, *percusión*) tiene el sentido de “agitar, sacudir violentamente, golpear”. Pues bien ¿qué se agita o sacude más que una víctima maniatada o “pati-atada” viendo ante sí un cuchillo en el instante del sacrificio? ¿Da origen el verbo “**quatio**” (sacudir) a “**quattuor**” (cuatro)? ¿Existe acaso en la naturaleza otro ejemplo más claro y visible del número 4 que los cuatro miembros de las extremidades de un animal?

5. Las palabras “*quirófano*”, “*quirúrgico*”, “*Quirón*”, “*quiromancia*” o “*cirugía*” proceden del nombre griego de la mano, instrumento mágico del cirujano y también del adivino que lee el futuro en la palma. El numeral “**cinco**” (<*quinque*) equivale sencillamente a decir “la mano completa”.

6. El origen de la voz que designa al número 6 no parece demasiado claro. En su forma gráfica latina **VI**, al igual que en el número arábigo 6, se

distinguen visiblemente dos partes. El número **6** equivale a decir 5 + 1. En la numeración romana **V** es la mano abierta (ángulo que forma la prolongación de pulgar y meñique); en la numeración árabe el círculo **O** podría ser el núcleo o puño cerrado, como una piedra, que contiene los cinco dedos. En ambos casos debe añadirse un dedo, **I** (número romano) o el apéndice superior de **6**. Pues bien, en los simétricos **IV** y **VI** si la unidad restante **I** corta de una forma precisa a **V** se crea **4** o **6** (<I ó I>). Casualmente en latín la raíz “**sec-**” del verbo *secare* significa “cortar”. Y la punta afilada de las rocas (<**saxum**, *saksum*) ha servido en la antigüedad prehistórica como cuchillos rituales. ¿Procede tal vez el latín “**sex**” (seis) de la misma raíz *sec-* que “cortar”? ¿Son el **4** y el **6** pictogramas de instrumentos cortantes con un mango largo o una redonda empuñadura? No podríamos afirmarlo “tajantemente” de una forma tan “**seca**”.

**7.** Tampoco parece muy evidente el origen de la voz que nombra al número **7**. La raíz más cercana fonéticamente es “**septum**”, que tiene el sentido de “cerca” o “vallado”. Es decir, el “**seto**” verduoso de los jardines laberínticos. Ciertamente el **siete** encierra muchas veces en la Biblia la idea simbólica de algo completo, perfecto, cerrado, una totalidad o conjunto acabado (como en el *set* del tenis o bien para referirse a un paquete de productos, un *set*). No olvidemos que la **circunferencia** o el **círculo** expresan la perfección sagrada y que su raíz “**circ**” es la misma que hallamos en la **cerca** o valla a la que ahora nos **acercamos**. Así Dios creó el universo – día festivo incluido - en **siete** días, una *septimana* o siete mañanas. Y en el Apocalipsis san Juan nos habla también de los “**siete**” sellos del rollo enigmático que contiene la visión futura. ¿Es quizás el **7** el pictograma de una llave? ¿Abre el siete un **seto** cerrado? Si ello es así la clave que nos da la solución del enigma se halla sin duda en el fondo *matarile-rile* del mar.

**8.** También es un oscuro problema la etimología de la palabra “**ocho**”, voz que nos llega desde el griego a través del latín “**octus**”. Como un signo gráfico mnemotécnico el número **8** contiene las dos vocales abiertas “o” de la voz *ocho* (<**octo**) y también semeja los dos puños cerrados (4 + 4, con exclusión de los pulgares). Pero igualmente nos recuerda la forma pictográfica del pulpo (*octopus*) que tiene ocho tentáculos. Podríamos pensar que los griegos, pueblo de marinos y de matemáticos, tuvo presente su experiencia como pescadores para formar el término que designa al

**ocho.** La palabra “*ictius*” (peces) no parece demasiado alejada de *octus*. Sin embargo, la relación es demasiado “líquida”, poco consistente para aventurarnos en el océano sin brújula ni estrellas.

**9.** La palabra “*nueve*” tiene demasiada semejanza con “*nuevo*”. ¿Casualidad? Cuando se habla en castellano de un “**novillo**” nos referimos exclusivamente a un toro joven, *nuevo*. ¿Por qué razón se concentra la **novedad** del becerro sólo en un animal astado como el toro? ¿Cuál es el motivo de que un cordero lechal no sea un *novillo*? Quizás ello se debe a que los toros o bueyes, como la luna, tienen cuernos que crecen como una barriga. Ahora bien, el calendario lunar es de 28 días ( $9 \times 3 = 27$ ,  $9 = 3 \times 3$ ). El vigésimo octavo día aparece la luna *nueva*, el **novilunio**. ¿Hemos de buscar la etimología del número **9** en las estrellas como antes hicimos con el ocho en el fondo de los mares? ¡Quién sabe! Posiblemente dentro de *nueve* meses se geste una *nueva* hipótesis que haga ya vieja y caduca la *novedad*.

**10.** La palabra “*diez*” viene del acusativo del latín “*deca*”, cuya raíz “*dec-*” es la misma que en el vocablo “*digitus*”. O sea: hablar del **diez** es sencillamente referirse a “los dedos” igual que “cinco” equivalía a decir “la mano”.

\*\*\*

La cuenta está hecha. Desde la uña del **uno** hasta los “diez dedos” de la mano – ¡*redonda redundancia!* - hemos casi *completado* – misión casi *cumplida* - un círculo o ciclo casi perfecto. Las lagunas en la información se han suplido saltando los charcos con los zancos de la alegría diletante y las plumas de los volátiles flamenco. Esta jovialidad nos ha llevado desde la agricultura de Caín hasta el pastoreo de Abel, de la flora a la fauna, de los mares surcados por Odiseo a las estrellas consideradas por Tales de Mileto y que hacían caer al despistado jonio en los surcos arrugados de la tierra ... Demasiado viaje y muy pocas alforjas para el vuelo de una pobre mosca.

Los yerros al hablar sobre los **números** y sus **nombres** son tan sólo de mi pobre *numen* (*cabeza, voluntad, deidad*). Caiga sobre mi mala cabeza la divina ley o **nomos** de los **números**. No espero en absoluto aumentar con

este trabajo la **nómina** o bien ser **nominado** para cualquier *dig*-nidad terrena por el Gran Índice o *díg-ito* divino; ni soy tampoco el **indicado** para recibir alguna de esas medallas de honor que tanto se valoran entre los sabios **numismáticos**. La **enumeración** de mis méritos académicos se reduce a la nada, como el número nulo (<*nihil*). Acabemos ya estas contadas “*líneas*” (de la cuerda de “*lino*” usada por los albañiles para marcar o tirar líneas) con el número **0**, el “**cerro**” patatero, que se nos ha quedado fuera del cómputo.

La palabra **cerro** es de origen árabe y procede de *sifr*. O sea: el “*vacio*”. En la antigüedad la voz **cerro** o *sifr* designa cualquier **cifra** o guarismo. ¿Cómo evoluciona “*cifra*” hasta “*zero*”? Es lo que debemos ahora “**des-cifrar**”. En el bajo latín medieval *sifr* se tradujo como *zephyrum*. Y el **céfiro** es un viento suave de poniente que en lengua griega (zoé + phoros) significa “portador de vida” (una vieja leyenda afirma que las *zebras* o yeguas veloces salvajes eran preñadas por el viento “zéfiro”). Pues bien, el signo gráfico **0** visiblemente representa como pictograma el estado de gravidez o embarazo. Los números a los que se añaden por la derecha el **0** se engordan, quedan preñados o aumentados por esa cifra vacía que no obstante llena de valor a todas las demás.